

Polémica sobre el Concilio

Coloquio con el historiador Giuseppe Alberigo

Simonetta Fiori

La estrategia restauradora que se ha impuesto en la cúspide de la Iglesia católica, parece volver a la situación anterior al Vaticano II. Pero un concilio ecuménico no se puede borrar en la historia del magisterio. Por eso no se puede ir contra el concilio directamente sino contra su significación. Se intenta, pues, que se deje de pensar en el Vaticano II como una gran novedad reformadora para verlo como la continuación del Vaticano I. En ese contexto hay que colocar la polémica actual contra la monumental "Historia del Concilio Vaticano II", del profesor Giuseppe Alberigo.

"¿Me acusa el cardenal Ruini de ser un nuevo Pablo Sarpi? Para un historiador esto supone un elogio más que una crítica. La historia del Concilio de Trento escrita por aquel hermano servita tuvo un impacto cultural envidiable". José Alberigo muestra un tono de voz sosegado, divertido en algunos momentos, como el de quien a sus ochenta años ya ha visto demasiadas cosas. Ilustre historiador de la Iglesia, puede enorgullecerse de haber tenido entre sus maestros a Giuseppe Dossetti y Delio Cantimori, personalidades extraordinarias que le han dejado una huella profunda. Del primero heredó el Instituto de Ciencias Religiosas de Bolonia, que hoy está en el centro de una nueva tormenta.

¿De qué culpa se habría manchado el profesor Alberigo? La obra que desagrada al cardenal Camilo Ruini es la monumental *Historia del Concilio Va-*

ticano II, cinco volúmenes con las aportaciones de los mayores especialistas a nivel mundial, traducida a las principales lenguas (en castellano sólo se han traducido dos volúmenes). Lo que ataca el presidente de la Conferencia Episcopal italiana es la interpretación que se hace de aquel acontecimiento como una innovación, al subrayar en la obra su carga de ruptura respecto a la historia precedente de la Iglesia. "Una lectura poco objetiva", ha señalado públicamente el cardenal. "Necesitamos una reconstrucción en positivo que no presente aquellas sesiones como una grieta respecto al pasado, sino como una continuación con la tradición". Es significativa la ocasión de esta intervención: la presentación del libro firmado por monseñor Agustín Marchetto: *Il Concilio Ecumenico Vaticano II*, concebido precisamente como "contra-

punto" a la obra de Alberigo, *Breve historia del Concilio Vaticano II, 1959-1965* (Ed. Sígueme, 2005).

* * *

¿Simple disputa historiográfica, profesor Alberigo?

—Tengo la impresión de que la crítica severa a mi *Historia del Concilio* haya sido la ocasión para formular una "visión propia" del Concilio.

¿Está en juego la importancia innovadora de aquel acontecimiento?

—No hay que minimizar la coincidencia entre el comienzo del pontificado de Benedicto XVI y el inminente cuarenta aniversario de la clausura del Concilio, el 8 de diciembre de 1965. Estas dos circunstancias se entrecruzan. Muchos de nosotros esperamos que el pontífice prosiga aquel camino, retomando el auspicio expresado por Juan Pablo II en su testamento.

Otros, en cambio, prefieren que el Papa Ratzinger siga direcciones diversas.

—Se quiere anular el viraje conciliar, dejando de lado también la enseñanza del Concilio sobre la Iglesia: me refiero a la sacramentalidad del episcopado, que resaltó su autonomía respecto al poder central, y a la colegialidad del Papa con los obispos.

En suma, un retorno a la tradición.

—Sí, a la tradición, pero no como *tradere*, es decir como entregar —en donde el paso de mano en mano hace inevitable el cambio— sino más bien como monumento de piedra, cerrado e inmodificable.

A la tradición que reclamaba también monseñor Lefebvre, el mayor opositor del Concilio.

—Lo contraatacaba —cito una expresión suya de 1965— "porque es una ruptura con el pasado y la tradi-

ción". Terminó excomulgado gracias también a Ratzinger. Un buen augurio.

¿Está diciendo que sus palabras pudieran ponerse de moda de nuevo?

—Algunas de las objeciones que se me han hecho se asemejan de un modo impresionante a lo que escribía Lefebvre. Existe el riesgo de un desvío, para aquellos que se han formado en una etapa pre-conciliar. No es una casualidad que las críticas provengan de personas de mi edad, crecidas antes del Vaticano II.

¿Qué quiere decir?

—Dejando a un lado actitudes maliciosas y animosidad, señalo un dato objetivo. Además del cardenal Ruffini, en el debate participaban también Francisco Cossiga y el profesor Brandmüller, presidente del Comité Pontificio de Ciencias Históricas. Leyendo las recensiones del encuentro, tengo la impresión de que de él brota una lectura del Concilio hecha con ojos de "antes". Es evidente que la asimilación del Concilio necesita que pase el tiempo y, probablemente, que pase también la generación que lo ha vivido.

¿Ha leído el libro de mons. Marchetto?

—Sí, me ha parecido una obra sin espesor cultural, compuesta exclusivamente de críticas rencorosas y apriorísticas y de investigaciones ajenas.

La acusación dirigida a usted es de haber utilizado fuentes no oficiales.

—Sí, los diarios y los testimonios de quienes participaron, además de los protocolos oficiales. Es verdaderamente curiosa esta alergia a la documentación personal viva: el problema real es cuando esta documentación no existe.

Su Historia del Concilio hoy contestada tuvo, sin embargo, una acogida oficial por el Papa Wojtyła.

—Tuve la oportunidad de entregarle tanto el primer volumen como el último, recibiendo vivos reconocimientos por la iniciativa. Naturalmente esto no significa que el Pontífice estuviera de acuerdo automáticamente con los contenidos. Hace días he pedido poder entregar esta nueva síntesis a Benedicto XVI, al que presenté poco a poco los volúmenes de la obra mayor.

Usted, profesor, fue testigo directo de los trabajos del Concilio.

—Tuve esta suerte. Era asistente de Dossetti, que era teólogo del obispo de Bolonia, Santiago Lercaro, destinado a tener un papel importante. De aquí la implicación de nuestro grupo.

Una sorpresa en todos los sentidos.

—El anuncio conciliar fue inesperado. Todo hacía creer que Juan XXIII había sido elegido papa por anciano y bonachón. En suma que estaba allí de paso. A menos de cien días de su elección hizo su proclamación histórica.

Era enero de 1959: no todos en la Curia la recibieron bien.

—Algunos esperaban que muriese antes, otros que se limitase a concluir el precedente concilio de 1870. Pero el papa Roncalli les desmintió una vez más, distinguiéndose de aquel Vaticano I también en la denominación y fijando el comienzo para el 11 de octubre 1962: para evitar malentendidos.

Personalidades importantes del pontificado se opusieron.

—Se distinguieron los cardenales Spellman y Ottaviani, que eran res-

ponsables del Santo Oficio, además del arzobispo de Génova, cardenal Siri. Temían la aportación innovadora del Concilio.

Miedo que vuelve.

—Un hilo que llega hasta hoy.

¿Qué cosas temían entonces?

—Tenían verdadero terror a la idea de una Iglesia ya no eurocéntrica. África era todavía completamente una colonia. América Latina sólo una expresión. El Concilio llevó a Roma centenares de obispos negros y sudamericanos: cambió enteramente la geografía del catolicismo.

Desbarató la liturgia.

—Sustituyó al latín por las lenguas vernáculas. A aquellos monseñores les parecía inimaginable: ignoraban que ya hacia cuatro siglos dos monjes camaldulenses habían escrito al Papa: "Mira que no se comprende nada". Y precisamente ahora, a la mitad del siglo, se tenía el temor de que al quitar el latín se viniese todo abajo.

Cuarenta años después no parece que haya cambiado gran cosa: el papa Ratzinger quiere volver a la Misa en latín.

—Seguramente el pontífice sólo quiere afirmar la posibilidad —ahora que se ha afirmado la liturgia en lengua vulgar— de celebrar la Misa en latín en solemnidades extraordinarias. Pienso que esto no se corresponde con el deseo de los jóvenes que aclamaban en la plaza a Juan Pablo II.

Usted escribe que el Vaticano II rompe con el inmovilismo de los años 50...

—Le cuento un episodio que explica muchas cosas. En aquellos años de vez en cuando venía a nuestra casa un padre benedictino, piadoso y bastante famoso. Se quedaba también a dormir. Una tarde, a finales de 1953, en el momento de la ora-

ción, me llamó a mi y a mi mujer Angelina: "Y ahora recemos por la muerte del Pontífice". Mi mujer y yo nos miramos estupefactos: Pío XII se encontraba muy bien. "Tranquilos -replicó a nuestra desazón-... Ahora el Santo Padre es un peso para la Iglesia. Roguemos al Señor para que se lo lleve pronto".

¿Qué cambió con el Concilio?

—Salió profundamente modificado el estilo del cristiano, cimentado finalmente en el principio de la responsabilidad: tanto en el fiel común, sacado de la inercia, como en los sacerdotes, reforzados en su autonomía o en los obispos, desembarazados de su pasiva sumisión a Roma. Fueron rotos muchos tabúes que parecían intocables.

Una llama de libertad destinada a apagarse...

—La digestión conciliar es siempre lenta. Entre las indicaciones hasta ahora desatendidas llama la atención la que se refiere a la colegialidad episcopal. Hemos asistido en los meses pasados a la dramática agonía de Wojtyła, abrumado por su responsabilidad personal. Si se hubiese institucionalizado una colaboración, el pontífice se hubiera visto notablemente aliviado.

Dossetti fue quien propuso en el Concilio una innovación doctrinal que atañía a los obispos.

—Una tarde llegó a nuestra casa agitando un pliego de papel. Lo leímos sin imaginar su importancia. Era un texto breve sobre el origen divino del cargo episcopal. Esto implicaba

que el prelado debería ser consagrado con el rito sacramental, que lo dotaba de voluntad personal: en sustancia, el obispo no estaba obligado a la pasiva sumisión del Pontífice.

Y, ¿pasó el texto?

—Sí, fue votado por la mayoría, en contra del parecer de la Comisión doctrinal, presidida por el Cardenal Ottaviani. Aquellos votos documentaron en qué dirección caminaba el Concilio.

Entre los efectos beneficiosos del Vaticano II, usted indica también el debilitamiento de las relaciones privilegiadas entre la Iglesia y la Democracia Cristiana.

—Apenas elegido Juan XXIII, dijo de inmediato que la política italiana no atañía a la Iglesia, tanto menos al Papa. Esta salida, agradó muy poco al cardenal Siri, presidente de los obispos italianos: estábamos en los principios del centro-izquierda, mirado con suspicacia por gran parte del Vaticano. Pero el papa Roncalli no quería oír nada de interferencias políticas: en cierta ocasión se negó a recibir al presidente de la Confindustria (la confederación empresarial italiana). Estaba en cuestión la nacionalización de la energía eléctrica y el Santo Padre quería permanecer fuera de estas cuestiones.

¡Otros tiempos!

—El reciente referéndum nos ha vuelto a enfrentar con los fantasmas del pasado...

[*La Repubblica*, 2-7-2005. Traducción de Antonio Moreno de la Fuente].